

zollern disponian, fueron más que suficientes para que el burgrave Federico VI, aprovechándose del revuelto reinado del emperador Segismundo, obtuviera en 30 de abril de 1415 el cargo de margrave y elector de Brandeburgo, y archicamarero del sacro imperio romano. Doscientos ochenta y seis años más tarde, en 18 de enero de 1701, el elector Federico III se ciñó en Königsberg la corona real de Prusia; y ciento setenta después, en 18 de enero de 1871, el rey Guillermo I fué proclamado emperador de los alemanes en el palacio de Versalles. ¡Qué rápido fué el progreso de la familia del jóven aventurero Conrado para franquear al fin las gradas del trono imperial!

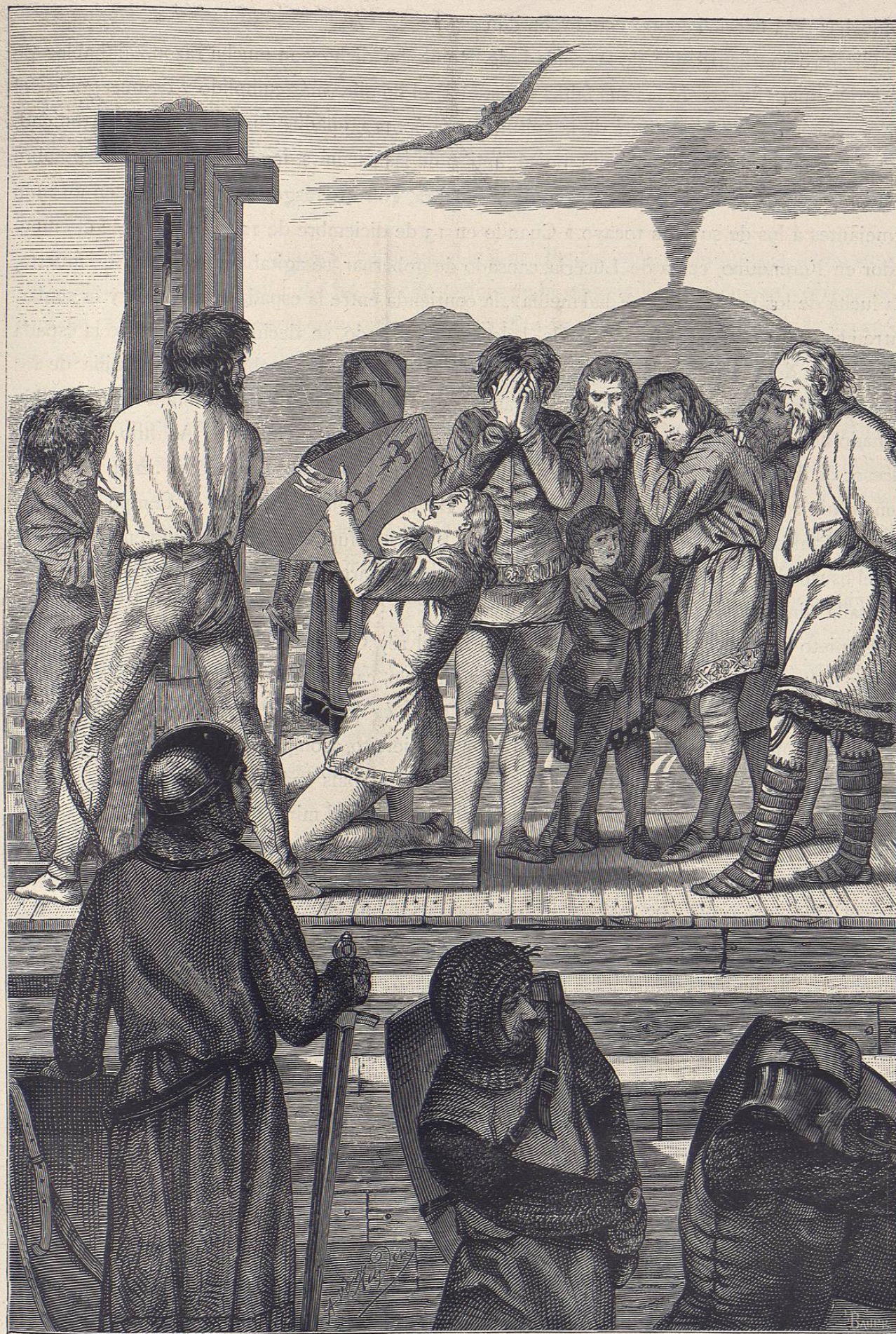
El emperador Enrique VI, hijo de Barbaroja, era muy jóven aún cuando empuñó las riendas del imperio; si en efecto fué él quien escribió la canción amorosa *Saludo con un canto á mi dulce amor que perder no puedo ni quiero* etc., de la cual se dice que fué autor este soberano, debió tener en su juventud una dulzura de carácter que desapareció del todo en el hombre, porque este Hohens-



FEDERICO II

taufen demostraba tosinó en Bamberg el príncipe Oton de Wittelsbach. Federico II, hijo de Enrique VI y sobrino del rey asesinado, se ciñó en 1215, en Aquisgran, la corona alemana. Este hombre ilustre, educado en el sur de Italia, fué más bien hijo del mediodía que del norte, más bien romano que germano, y en él se reconoció más marcadamente el dualismo alemán-italiano de los Hohenstaufen. Toda la genialidad del emperador Federico II no bastó para vencer este dualismo, del que también fué víctima; ni en Alemania ni en Italia le fué dado consolidar el poder de su casa, ni pudo vencer para siempre al papismo ni al particularismo alemán. Este último, aún en vida del emperador, volvió á degenerar en completa anarquía; mientras el papismo, apoyado por prelados tan enérgicos como lo fueron Inocencio III, Gregorio IX é Inocencio IV, sostuvo con suerte sus exigencias jerárquicas al poder universal. La tiara no toleraba á

das las cualidades del verdadero déspota, tal como entonces le necesitaba nuestro país. Sin duda hubiera sido el hombre más capaz para erigir sobre una base duradera la dignidad imperial hereditaria en vez de la desgraciada monarquía electiva, y seguramente habria realizado su proyecto si no le sorprendiera la muerte á la edad de treinta y dos años, hallándose en Mesina (1197). Su excelente hermano y sucesor, el rey Felipe, gastó todas sus fuerzas, que no eran pocas, contra los sacerdotes y güelfos rebeldes, hasta que en 1208 le ase-



SUPPLICIO DE CONRADINO DE HOHENSTAUFEN

su lado la corona del imperio como igual, sino como subordinada, é inútiles habian sido todas las luchas de Federico contra este orden de cosas.

Gregorovio, historiador de la ciudad de Roma, ha dicho con mucha razon, al hablar de Federico, que «fué con todas sus faltas y virtudes, el hombre más cumplido y de más genio del siglo, así como el representante de la cultura de la época», añadiendo, con mucha oportunidad, que Federico II de Prusia, filósofo, poeta, amigo de las ciencias, irreligioso, y además hombre político y astuto, en toda la extension de la palabra, «ofrece rasgos característicos en un todo semejantes á los de su gran tocayo.» Cuando en 13 de diciembre de 1250, hallándose el emperador en Ferenetino, cerca de Luceria, cansado de gobernar, se agitaba en su lecho de muerte, «la lucha de los titanes de la Edad media», la contienda entre la espada eclesiástica y la seglar, entre el papa y el emperador, entre la Iglesia y el Estado, se decidió en favor de la espada eclesiástica, del papa y de la Iglesia. Y esto fué lo que decidió también de la familia de los Hohenstaufen. Roma no descansó mientras la odiada generacion que con tanto valor habia luchado no quedó aniquilada hasta en su último vástago. El rey Conrado IV, hijo legítimo y sucesor de Federico II, obligado á ceder á la anarquía y la traicion, murió en 1254, habiendo comenzado con él en Alemania el interregno, «la época sin emperador, el tiempo terrible». El rey Manfredo, el hijo genial y predilecto de Federico, fué vencido en Benevento en 1266, por el usurpador de su reino, Carlos de Anjou, llamado y armado por el papa, perdiendo no sólo la batalla, sino también la vida.

El nieto de Federico II, hijo de Conrado IV, el rey Conrado el joven, llamado Conradino por los italianos, poeta como su bisabuelo y su abuelo, cantó en su patria, Suabia, la graciosa cancion de amor: *Gozo de las flores rojas que mayo ha traído*, etc., y desprendiéndose de los brazos de su madre, pasó los Alpes con un reducido ejército, acompañado de su amigo Federico de Austria, de la casa de Babenberg, en direccion al país mágico y seductor, donde los céfiros soplan bajo un cielo eternamente azul, donde florece el mirto y donde se eleva el laurel, para recobrar por la fuerza armada la herencia que un usurpador arrebató á sus antecesores. Venció al principio, pero en el valle de Tagliacozzo sucumbió á la táctica astuta de su adversario: la vil traicion de un Frangipani, cuya casa habian colmado de beneficios los Hohenstaufen, le entregó al de Anjou, que en 29 de octubre de 1268 mandó decapitarle en el cadalso de Nápoles. «¡Oh madre, cuánto dolor te causo!» exclamó el infeliz joven antes de recibir el golpe mortal. Margarita, hija de Federico II, que se habia librado á duras penas de las asechanzas homicidas de su disoluto esposo, el margrave Alberto de Meissen, falleció en 1270 en el refugio que los fieles ciudadanos de Francfort le habian ofrecido; dos años despues de su muerte sucumbió en el calabozo de Bolonia su hermano, el rey Eucio, último vástago de los Hohenstaufen. Así terminó la prolongada tragedia, rica en acontecimientos, de la casa de los Staufen: aún no ha tenido un poeta digno de ella, pero tampoco le necesita, porque sólo en sus hechos históricos lleva la consagracion trágica.

El día más brillante y feliz en la historia de la familia de los Hohenstaufen fué sin duda el de la fiesta de Pentecóstes de 1184, celebrado por Federico Barbaroja en Maguncia. La *schwertleite* (swertleite), es decir, el acto de armarse caballeros los dos hijos mayores del emperador, quien por su propia mano les dió el espaldarazo, comunicó mayor realce á esta

festividad, la más grandiosa de la época caballeresca alemana. Allí estaba sentado en su trono el emperador de Occidente, en el apogeo de su poderío y magnificencia, rodeado de los más nobles príncipes del imperio, tanto eclesiásticos como seculares, quienes á su vez se habian presentado, segun se dice, con un séquito de nada ménos que setenta mil caballeros. Barbaroja, hombre de aventajada estatura y aspecto majestuoso, á pesar de su avanzada edad tomó parte en los ejercicios caballerescos, en los brillantes torneos, y la emperatriz Beatriz, segunda esposa de Federico, pudo pretender con justo motivo el honor de presidir el festejo como «reina de la belleza».

Segun todos los datos que poseemos, aquel día de Pentecóstes en Maguncia debió ser de una grandiosidad imponente, y á tal manifestacion de la majestad real alemana correspondia también el poderío del imperio en aquella época. Verdad es que ya no estaba lejana la época en que las tenebrosas intrigas del interregno debian aniquilar la monarquía alemana, convirtiendo primeramente al imperio en un Estado federativo débilmente unido y despues en una confederacion anárquica; pero en las primeras etapas de esta decadencia la posicion política de Alemania conservábase todavía incólume en el exterior, propagándose más y más la cultura de nuestro pueblo, sobre todo hácia el norte y el este. Schleswig, Mecklenburgo, Pomerania y Brandeburgo se germanizaban cada vez más; la orden de los caballeros alemanes, renunciando á sus infecundos esfuerzos en la llamada Tierra Santa, dedicóse con provechosa actividad á colonizar la Prusia, ganando Livonia, Curlandia y Esthlandia, donde se extendió la civilizacion alemana; posesionóse también, con este objeto, de las costas del Báltico, donde se fundaron ciudades alemanas. En Carintia, Estiria, Lusacia, Silesia y Moravia el germanismo ganó siempre más terreno al eslavismo; Bohemia era un país del imperio aleman, y Federico Barbaroja habia obligado también á Polonia á reconocer la soberanía alemana.

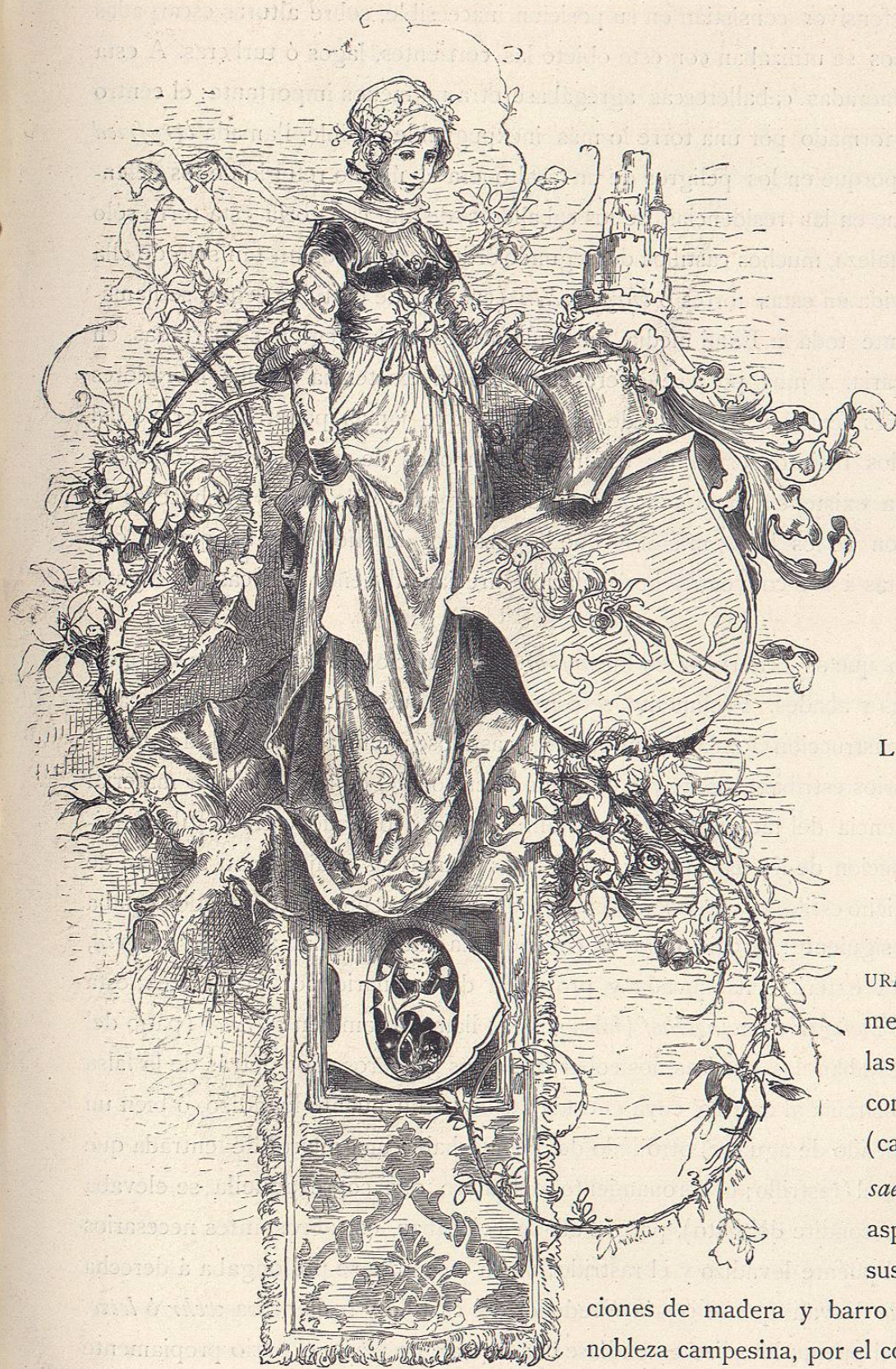
Así como en aquellas fiestas de Pentecóstes, dió á conocer el gran Hohenstaufen todo el poderío del imperio, del mismo modo brilló también en todo el esplendor de su desarrollo el romanticismo caballeresco aleman, demostrándose en todos sentidos los múltiples resultados del asiduo trabajo civilizador que realizaron nuestros antepasados en el trascurso del siglo XII. La poblacion de Alemania se acrecentaba en aquella época cada vez más, y este aumento dió por resultado necesariamente que se propagase y activara el cultivo del suelo, haciendo que la antigua y célebre fecundidad de las mujeres alemanas fuese una bendicion bajo el punto de vista de la economía política. En las ciudades desarrollábase la actividad de los oficios, ofreciendo formas cada vez multiplicadas, y relacionándose á menudo con las artes; y el comercio servía de intermediario entre la prosperidad adquirida y la satisfaccion de las necesidades de una cultura más adelantada. Las expediciones á Roma y las cruzadas producian irresistiblemente sus efectos; las ideas que habian propagado servian de estímulo para formar la caballería alemana, desarrollando la poesía y el arte romántico aleman de la Edad media.

El romanticismo fué un producto del contacto del Oriente con el Occidente: formado y desarrollado al principio en los valles de Provenza, donde influyó en él poderosamente la instruccion ilustre de los musulmanes establecidos en España, cuya civilizacion habia tomado la delantera á la Europa cristiana, el romanticismo, considerado poéticamente como hijo del arte de los trovadores (*art de trobar*), y socialmente como nacido de la andante caballería puesta

al servicio de Dios y del amor (*l'ordre de chavalerie*), creó un «mundo risueño y fantástico» en el que la clara luz del día fué sustituida por la «noche iluminada por la melancólica luz de la luna». Según la doctrina romántica toda la existencia, terrestre debía consumirse en deseos celestiales. Como era natural, este severo idealismo, en el cual volvió á reaparecer el ascetismo cristiano con su primitivo rigor, no era realizable, mas su influencia era bastante poderosa para penetrar en toda cultura superior; de tal modo que la idea de una caballería cristiana, acogida favorablemente, tuviera bastante tiempo una importancia histórica. Ya hemos indicado ántes lo que significaba en Alemania en los siglos x y xi un «caballero»: ahora añadiremos que desde el siglo xii se enlazó con esta palabra la idea de una caballería cristiana ideal que los cruzados alemanes trajeron á su patria al regresar de Palestina, donde habian conocido los caballeros españoles, franceses é italianos. Juntamente con las ideas, se dieron á conocer tambien las reglas y costumbres de la vida caballeresca del extranjero; y así como en otras partes, tampoco en Alemania vaciló la Iglesia en apoderarse y servirse de este nuevo fenómeno social; pues como producto de las Cruzadas, obedecía á un principio religioso.

Bajo el punto de vista ideal, era una institucion moral y social, pues comprendia en sí las relaciones del caballero con la Iglesia, con el Estado (ó sea con el señor feudal), con sus iguales y con el sexo femenino. En el sentido realista, empero, era una institucion de la nobleza, porque desde el siglo xii, el origen caballeresco, es decir, la ascendencia inmediata de un caballero era la primera condicion para ser considerado como tal, aunque se podia otorgar tambien este honor por excepcion á hombres que no eran de noble cuna. La caballería, en su calidad de tal, no daba derechos políticos como la nobleza alodial y feudal, y sí sólo ciertos privilegios honoríficos; pero como bajo el «honor de caballero» se comprendian ciertas cosas especiales, es decir, el honor en su más pura esencia, los hidalgos, tanto de la ciudad como de la aldea, los príncipes, y señores de pueblo, ansiaban participar de este honor de casta, siendo recibidos en una orden caballeresca. Para norma de los caballeros creóse un código apropiado, es decir una serie de leyes y reglas sobre el proceder caballeresco con caballeros y con damas. Este libro de reglas de «cortesía» es principalmente de origen francés, y como Francia era ya en la Edad media la que hacia adoptar generalmente sus modas á los países vecinos, introdujo tambien su doctrina caballeresca de costumbres y buen tono entre los alemanes, que la reformaron á su gusto, llamándola *haefischkeit* ó cortesía palaciega. Muy bien aplicado estaba el nombre, pues las cortes de los emperadores, reyes, duques, príncipes, condes y obispos eran los lugares preferidos para la vida caballeresca. La palabra *haefisch* (cortesano) no tenia entónces, sin embargo, la desfavorable y secundaria significacion que la damos hoy día, pues los hombres y las mujeres á quienes se aplicaba esta denominacion eran exactamente lo mismo que ahora comprendemos por un caballero y una dama instruidos.

La caballería, desde el pobre propietario de una casa señorial hasta el poderoso emperador, formaba con el clero superior en la Edad media lo que hoy día acostumbamos á llamar «sociedad» ó tambien el «gran mundo». A los círculos de esta sociedad, y sobre todo á los más nobles, refiérense las descripciones de costumbres que con tanta riqueza de colores nos pintan las epopeyas palaciegas y populares del período de la literatura bajo los Hohenstaufen.



VI

LOS CASTILLOS

FEUDALES

URANTE el siglo xiii comenzaron los patricios de las ciudades alemanas á comunicar á sus *hoefen* (casas de labranza) ó *gesaessen* (residencias) un aspecto más espléndido, sustituyendo las construc-

ciones de madera y barro por las de piedra. La nobleza campesina, por el contrario, habíase visto obligada mucho ántes á construir residencias for-

tificadas, según lo exigian ó permitian las necesidades y medios de su categoría y de su fortuna. La diferencia principal en la edificacion de los castillos fundábase, como ya se comprenderá, en la naturaleza del suelo.

En la Alemania central y meridional, donde abundan las montañas y colinas, se construian por lo tanto castillos enclavados en la montaña, mientras que en las llanuras y terrenos pantanosos del norte de Alemania edificábanse con preferencia castillos rodeados de agua. En los